

Encuentro CSC
Abril de 2016 – Canadá
El Carisma y la Historia de Moreau

Mis queridas-os amigas-os,

Que la gracia de nuestro Señor, la bendición de su Madre y la protección de San José estén siempre con ustedes. Gracias por permitirme participar continuamente en sus conversaciones.

Puede que tengan muchas razones para reunirse aquí hoy, por eso podemos pasar unos momentos para conocernos mejor y para crecer en nuestra relación con el Señor. Puede que tengan muchas razones para estar aquí hoy, pero solo una es esencial, la fe. Ustedes creen que el Señor puede hacer que algo especial suceda este fin de semana y desean abrir sus corazones a esta acción divina. ¡Esta es una gracia especial!

Antes hablábamos de las flores en el jardín. Ahora debemos ir un poco hacia atrás y contemplar el suelo. Algunas plantas y flores crecen en suelos específicos, dependiendo de la acidez o alcalinidad, el nivel de humedad o la exposición a la luz solar.

De hecho, es propio de la naturaleza de la tierra que un organismo viviente crezca dependiendo del clima y el tipo de suelo. Sin embargo, si queremos que crezca algo en especial, debemos trabajar el suelo para que esto ocurra. El carisma se asocia con criaturas vivientes, personas o grupos creciendo en un medioambiente específico.

Muchos sacerdotes y ciudadanos-as fueron martirizados en la época inmediatamente posterior a la Revolución Francesa. Algunos clérigos y religiosos-as se mantuvieron fieles a la iglesia aun a riesgo de muerte, otros se pusieron del lado del gobierno para salvar sus vidas y una gran parte huyó del país, dejando a Francia con una gran carencia de ministerios en la fe. Los servicios de salud y educación eran inexistentes. No es difícil imaginar las tensiones políticas y el ambiente emocional que se vivía en ese tiempo.

¿Quién preparó el suelo en que crecí? Las personas más importantes que labraron el suelo en que crecí fueron mis padres, mi familia, mi pastor y otras personas en la parroquia.

Permítanme contarles un poco sobre mis padres. Mis padres eran personas sencillas y muy trabajadoras. Se casaron el 21 de febrero de 1784, cinco años después de que estallará la Revolución Francesa.

Ellos tenían 25 años. Sus padres ya habían fallecido cuando se casaron, por tanto no tenían mucho apoyo familiar. Comenzaron su matrimonio confiando en Dios y en los vecinos que vivían su alrededor en el pequeño pueblo de Laigné en Belin, ya que su vida, en ese entonces, se centraba en este pequeño pueblo, en compañía de personas a las que conocían y en las que confiaban.

Mi padre era comerciante de vinos. Sin importar cómo estuviese el tiempo, él cargaba su carreta

y salía de nuestro pueblo para vender vino en los pueblos vecinos en la periferia de Le Mans, a 30 millas de distancia. Él no sabía leer ni escribir, por eso las cuentas que hacía eran muy básicas. No obstante, ¡era muy honesto! Cuando llegaba a casa nos mostraba las marcas que había trazado en el papel y le ayudábamos con sus apuntes. Se preocupaba siempre por no cobrar demás y comprobaba que sus cuentas estuvieran en orden.

Nuestra madre era una mujer de la tierra. En la pequeña parcela que teníamos ella labraba el suelo y cultivaba vegetales, con eso consiguió alimentar a sus 14 hijos e hijas -as, literalmente con el trabajo de sus manos. Solo 11 de nosotros-as sobrevivimos hasta la edad adulta debido a los problemas de salud, instalaciones sanitarias y enfermedades que todos enfrentábamos. Ya se pueden imaginar el sufrimiento que estas pérdidas causaron a mis padres.

Además de agricultora, nuestra madre era una educadora innata. Por las tardes, cuando todas las tareas habían terminado, y ya en el calor del hogar, ella nos enseñaba el catecismo y nuestras oraciones. ¡Qué imagen le habremos dado y qué paciente tuvo que ser con nuestro inquieto temperamento, tan natural en 11 niños-as cuando terminan la jornada!

Cuando recuerdo a los que prepararon el suelo en mi camino, no puedo dejar de contarles sobre Victoire, mi hermana mayor. Ella era 7 años mayor que yo y me ayudó a prepararme para mi primera comunión. Recibí el Sacramento por primera vez a los 10 años de edad. Se supone que debía haber esperado hasta cumplir 12 años, pero el pastor, P. Julien Le Provost, dijo que ya estaba listo. Él también fue muy importante en mi vida.

El P. Julien era excepcional. Él tuvo que ejercer su ministerio sacerdotal en secreto durante la revolución y, cuando esta terminó, trabajó incansablemente para transformar la parroquia. Él nos reunía en la rectoría para instruirnos. Cuando yo tenía 12 años, él se acercó a mi padre y le preguntó si me permitiría continuar con mi educación. Le dijo a mi padre que estaba seguro de que yo tenía vocación para el sacerdocio. Siempre me pregunto que habrá visto en mí, porque si bien yo era confiable y generalmente puntual para todo, también era muy travieso.

Mi padre no se apresuró a tomar una decisión. Él consideraba que yo era muy joven y que necesitaba pasar más tiempo con la familia y con el trabajo en nuestra tierra. Él no quería que me perdiera entre libros e hiciera a un lado el beneficio del trabajo manual.

Finalmente mis padres acordaron que podía comenzar a estudiar latín con otros tres muchachos, pero mi padre insistió en que siguiera cuidando a las ovejas y al ganado cuando no tuviera clases. Él era un hombre sabio y con esto me dio un gran regalo. Pude aprender muy pronto las responsabilidades de ser un pastor, de atender las necesidades de otras personas.

Éramos una familia muy unida. Cuando partí hacia Chateau-Gontier, el otoño de 1816, pensé que mi corazón estallaría y mi familia sentía lo mismo. Lloraron cuando me fui y yo también quería llorar. Me sentía muy dividido entre quedarme y estar con ellos, y la necesidad de dejarlos e ingresar al seminario. Yo estaba especialmente unido a nuestra madre y les pedí a los demás que la cuidaran mucho, porque veía que le era muy difícil aceptar mi partida.

Cuando dejé Chateau-Gontier para mudarme al seminario de St. Vincent, tuvo la oportunidad de visitar a mi familia y de conversar con nuestros padres. Todavía conservo una copia de cada cosa que dijimos, aunque cada una de estas ideas está grabada en mi corazón.

Me gustaría compartir con ustedes lo que compartí con ellos.

Cuántos maravillosos recuerdos vienen a mi mente. Si reflexiono sobre los bellos días de inocencia que pasé entre ustedes, si considero los comienzos y el progreso de cada uno de mis hermanos y hermanas, los veo dedicados a la difícil tarea de cubrir nuestras necesidades vitales y criarnos adecuadamente.

Veo a mi trabajador padre viajando de aldea en aldea y por el campo, veo a nuestra madre preocupada todos los días por las vidas de sus hijos e hijas, y siempre atenta a nuestro porvenir.

Y ahora, queridos padres, regocíjense en la alegría de haber criado tan bien a sus hijos-as. Regocíjense en el consuelo de vernos a todos-as capaces de conducirnos con prudencia en los asuntos del mundo. Regocíjense en el deleite de que, quizás, puedan ver a uno de sus hijos llamado al sacerdocio...

Disfruten la vida, sean felices. Que la paz y la armonía colmen de alegría el resto de sus días. ¡Qué gran recuerdo es este para mí! Todos-as juntos-as, alegres, celebrando la vida, celebrando la alegría de la familia. Nunca lo olvidaré.

¡Recuerdo ese momento tan bien!

Mis amigos-as, espero que ustedes tengan también algunos momentos que recuerden y atesoren: momentos de unidad, momentos de entendimiento, momentos de reconocimiento del accionar de Dios en sus vidas y en las de sus familias.

Mi madre y yo éramos muy cercanos, por eso su muerte en 1852 fue un momento de profundo trabajo en mi suelo. Ella murió cuando yo tenía 26 años y ella 59. Recuerdo que murió tal como vivió, con sentimientos de una fe muy viva y una perfecta resignación a la voluntad de Dios. Sus últimos momentos fueron especialmente edificantes y conservo preciosos recuerdos de ellos. Ella ya había cargado muchas cruces siguiendo los pasos de Jesucristo e imitando su paciencia. Su devoción por la Santísima Virgen era admirable y no tenía ninguna duda de que María la defendería ante el supremo Juez.

Ella tenía una expresión tan feliz en su rostro durante las 24 horas que su cuerpo estuvo expuesto ante las numerosas personas que acudieron a orar por el reposo de su alma. Su sonrisa era una prueba para todos de que murió en paz y con la conciencia tranquila. Algunas personas, al ver su sonrisa y la paz reflejada en su rostro, no podían resistirse a besarla.

Ella se mantuvo consciente hasta el final, sin agonía alguna, y murió mirándome por última vez, luego de repetir 3 veces conmigo: “en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Algo muy especial sucedió en torno a su muerte. Tanto que tuve que ponerlo por escrito.

“Puedo agregar que a la mitad de la noche, mientras oraba junta a su cama, dos ángeles aparecieron sobre la cama, sosteniendo una corona en sus manos”.

Les ofrezco este recuerdo para su reflexión y les digo que la serenidad de su muerte fue el sello o la huella del amor de Dios en su corazón.

Cuando lo veo en retrospectiva, sé que fue mi madre la que, desde mis primeras lágrimas, me mostró el camino que condujo a mi relación con el Señor.

¡Oh!, les puedo decir que hasta ese entonces no sabía lo que era perder una madre, tan sacrificada por sus hijos e hijas como era ella, pero lo supe en ese momento. Durante mucho tiempo después de su muerte, me debatí entre querer estar con ella realmente y querer hacer todo el bien que Dios me pedía hacer. Dos preguntas luchaban entre sí en mi corazón.

¿Cuándo estaré con mi madre?

¿Señor, qué deseas de mí?

El suelo de mi fe fue intensamente labrado una vez más cuando mi padre murió en 1830.

Escribí un relato sobre su muerte en 1846, utilizando las notas que tomé sobre este evento en 1830. Comparto ahora estas notas con ustedes.

Nuestro padre, Louis Moreau, murió luego de haber soportado pacientemente su ceguera durante más de 5 años. Lo recuerdo como si fuese ayer.

Este buen padre nos dijo: “Oro al buen Dios para que los bendiga y yo mismo los bendigo de todo corazón en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Entonces le pedimos que nos perdonase y él respondió: “Todo eso está borrado de mi corazón”.

... Al día siguiente, la Señorita de Boismont, una buena amiga de la parroquia, que había venido a verlo, le preguntó cómo estaba. Nuestro padre dijo: “Debo ir a encontrarme con Dios”. Y por la noche dijo: “¡Dios mío! ¿Por qué tuve que empezar a amarte tan tarde? Luego oró: “Que tu Evangelio sea anunciado en todos los rincones de la tierra, que mis hijos-as canten tu alabanza y que tus misioneros-as sean aceptados-as en todo lugar. Ese es mi deseo, como bien sabes Señor, esto es lo que soy...” Al día siguiente él nos instó a mantenernos unidos y amar a Dios.

Su lucha con la muerte continuó durante 6 días. En medio de sus sufrimientos, nuestro buen padre se dio tiempo para bromear sobre el “rincón olvidado” en el que Dios lo seguía manteniendo. Conforme llegaba el fin, él se aferraba a su crucifijo, lo besaba continuamente y respondía “Amén” a todas nuestras oraciones.

El domingo, a las 10:00 a.m., quedó inconsciente mientras se cantaba el Salve Regina en

la misa solemne celebrada para aliviar sus sufrimientos... Recuperó el sentido al caer la noche y dijo: “Dios no me quiere; la muerte ha pasado sobre mi cama dos veces y me ha dejado aquí. ¡Dios, ten misericordia de mí! ¡Dios mío, llévate mi alma!”

En medio de la noche: “Dios me ha olvidado”.

Más tarde: ¡Vamos! , ¡Valor! Mantengámonos firmes e intentemos no perder la ocasión esta vez”.

La mañana del lunes: “Ahora ha llegado el momento, por fin...”. Mientras yo recitaba la Letanía por los Moribundos, y en el momento en que decía: “Entrega tu alma a las manos de Dios, que los ángeles vengan a tu encuentro y te conduzcan al paraíso...”, él expiró.

La pérdida de nuestros seres más queridos y cercanos es un momento en el que nuestro suelo se labra más que por cualquier otra experiencia en nuestras vidas. Nuestro suelo se remueve muy abruptamente en esos momentos y nos quedan vacíos. Luego es necesario que el suelo descanse para que se limpie, se renueve y se abra a una nueva vida.

El suelo de los comienzos de mi vida fue labrado a veces ligeramente, otras veces profundamente, a veces a mano y otras veces con el arado y la hoz.

El suelo de los comienzos de mi vida fue arado en Laigné en Belin, en Chateau-Gontier, en Le Mans, en París, y en todas las ocasiones y estaciones fue labrado con amor.

En esos primeros años de formación, la fe y el amor brotaron en medio de las pruebas y las dificultades, de las esperanzas y las alegrías de una comunidad de creyentes en el tiempo que siguió poco después de la Revolución Francesa. En medio de una situación de guerra, violencia y traición, pero también de fidelidad y perdón, mis padres, mi familia, el Padre Julien y la Señorita de Boismont usaron sus manos para labrar los campos, ¡para sembrar las semillas de una obra de resurrección!

Y es así como muchas personas trabajaron la tierra en esos primeros años cuando las semillas de Santa Cruz estaban todavía bajo suelo, esperando para brotar en el momento indicado por el Señor.

El carisma, un organismo viviente, viene a la existencia en un momento específico, en un entorno específico, en el que muchas personas cuidan el suelo y protegen los nuevos brotes en crecimiento.

¿Pueden llegar a ver, en la historia de mis primeros años, las semillas de este carisma sembrado con tanto cuidado y amor perseverante, sin que nadie se diera cuenta? Algo especial ocurría entonces en las vidas de tantas personas que prepararon el suelo y la semilla del árbol de Santa Cruz.

Hagamos una pausa y rindamos homenaje a la memoria de todas las personas que han partido antes de nosotras-os y cuyas vidas aportaron los elementos esenciales del don de este carisma.

Pongo mis manos en las suyas y los tengo siempre en mi corazón en tanto permanezco cariñosa y profundamente unido a ustedes en Jesús, María y José.

P. Basilio Moreau

Mary Kay Kinberger, MSC
Congreso CSC
15 al 16 de abril de 2016